

Convocatorias a pedido...



Por **Fernando Villegas**

DIFÍCIL se hace creer que la masiva concentración de gente, que se reunió desde casi media tarde en plaza Baquedano, ayer, con el epílogo acostumbrado, haya incluido solamente a activistas ambientales y/o simpatizantes de lo mismo, deseosos de hacer sentir con fuerza su repudio por el proyecto ya aprobado HidroAysén. Debe haber habido muchos de aquéllos, pero seguramente eran aún más los que esperaban una convocatoria, cualquier convocatoria, para agregarse al batifondo.

Podrá decirse que la conciencia ambiental ha crecido mucho, pero es de dudarse que lo suficiente para congregarse por se a tanta ciudadanía y sobre todo, tanto furor. No hablamos aquí del lumpen que va a todas las paradas para, en el anonimato de una masa, evacuar sus instintos vandálicos y de saqueo. Ni siquiera consideramos en la cuenta a los "combatientes" y "comandantes" que se suman a toda protesta, esta vez no para saquear, sino para "luchar contra el sistema". Usted los conoce: fulanos con pasamontañas y mochilas bien cargadas de piedras o botellas -a veces también armas de fuego- que salen a derribar el modelo y derriban un quiosco de diarios. Gustan también, de tanto en tanto, quemar vivo a un carabinero con una

molotov y luego, si son arrestados a chuletas en el pote, reclamar ante el tribunal de La Haya, por violencia excesiva del régimen fascista y represivo.

Gente común

No nos referimos a ellos, los desconformados cerebrales de siempre. Hablamos aquí de gente común, ciudadanos ajenos a esas prácticas, pero que no obstante hicieron propicia la ocasión para sumarse al baile. ¿Qué los motivó? No Aysén propiamente tal, aunque muchos de ellos mismos lo hayan creído; nos parece que tras ese reclamo hay algo más fuerte y más difuso, más radical, más de fondo, más airado y por momentos, muy delirante. Hablamos de

Podrá decirse que la conciencia ambiental ha crecido mucho, pero es de dudarse que lo suficiente para congregarse por se a tanta ciudadanía y sobre todo, tanto furor.

Hablamos aquí de gente común, ciudadanos ajenos a esas prácticas, pero que no obstante hicieron propicia la ocasión para sumarse al baile.

rabia y frustración pura y simple. Es la que se ve a cada momento y en cada lugar en los rostros de esta ciudadanía "empoderada" de hoy, la cual está a años luz de ese chileno "con más aguante que pisadera de micro", como se lo caracterizaba décadas atrás.

Es un "empoderamiento" peculiar, menos asociado a la ganancia de derechos civiles y políticos -de hecho, hay menos civismo de esa clase que en el pasado- que a una disposición psicológica a manifestar con mucho ímpetu, incluso agresividad, las molestias y humillaciones reales o imaginadas, los abusos o menoscabos sufridos en sus ambientes, lugares de trabajo o estudio, las injusticias que sienten se han perpetrado en su contra, las distancias entre lo soñado y lo logrado, lo que les prometieron y lo que recibieron o van a recibir.

Empoderamiento

Es un empoderamiento que, en su tono anímico, recuerda el que se vive en estos mismos momentos en el norte de África y en Medio Oriente, en el seno mismo del mundo árabe e islámico. No se trata ya de una yihad o de tal o cual doctrina islámica blandida como pendón en contra de otra; es simple, elemental y poderosa rabia contra quienes consideran culpables de sus pobres, sofocantes, poco prometedoras condiciones de vida. ¿Sucede algo

similar en Chile? ¿Hay potenciales de ira y frustración listos para asociarse a cualquier causa que tenga una relación directa o siquiera indirecta con la teoría y práctica del modelo? ¿O se trata simplemente de una agregación, de una suma de peras y manzanas políticamente distintas, diversas, pero unidas por la coyuntura de la oportunidad? Examinando la Revolución Francesa, el historiador británico Simon Schama habla -en *Ciudadanos*- de cómo, cuando por actos o decisiones políticas se perforan agujeros a través de la costra de las costumbres y usos cotidianos de una sociedad, emergen por ellos potenciales de rabiosa frustración hasta entonces reprimidos, ahogados, ocultos y, por lo mismo, sin eficacia política, pero en seguida, una vez salidos, furiosamente potentes, destructivos. El mundo, hoy, incluyendo Chile en el conteo, no necesita que alguien perpetre esos forados en la costra; lo ha hecho progresivamente toda la historia política, cultural, tecnológica y económica de los últimos 50 años. La gente, en todas partes, se ha movilizado. Y esta movilización entraña una situación inédita, única y difícilmente soluble: se exige todo, se quiere todo y se rechaza todo, en un mundo que hasta ahora acostumbraba a dar poco y a excluir mucho.

Sociólogo, autor del libro *Memorias de un amnésico*.